

INTRODUCCIÓN

PREGUNTAS PARA LA HISTORIA

En la introducción al volumen quinto de la Obras completas de don Ángel Herrera Oria, escribe José Luis Gutiérrez García unas letras que, aún suscribiéndolas al cien por cien, producen un escalofrío sonrojante, mezcla de responsabilidad sentida y de rebelión interior. Dicen así: «Quienes hemos consagrado no pequeña parte de nuestra vida a las grandes instituciones informativas herrerianas no podemos menos de sentir el alma dolorida por la lamentable desaparición de su obra en este decisivo campo. La historia dirá en su momento la palabra terminante sobre el proceso de esa desaparición. Pero queda en quienes en ella trabajamos y a las cuales dimos lo mejor de nuestros esfuerzos, un como eco triste de las palabras con que Eneas respondía a la reina Dido, cuando ésta le pedía que le contara detalladamente los desgraciados azares que acabaron con la destrucción de la antigua y noble ciudad de Troya».

Es cierto que la desaparición se da en un tiempo concreto y es responsabilidad directa, por tanto, de una generación y de los múltiples factores que se dan en esa generación, pero también es cierto que todos los que hemos recibido una herencia, el pensamiento y las obras de don Ángel, nos sentimos testafellos de una historia de aciertos y desaciertos.

Quizá haya llegado el momento de aprender la lección, bajo la guía sabia de los maestros, y de comenzar a pensar que la nueva época requiere de los contemporáneos la osadía apostólica necesaria para recoger lo que queda de esa herencia y hacerla valer en nuestra sociedad. Máxime si nos encontramos en una época que se caracteriza por la profusión de medios: como diría un pensador contemporáneo, nos encontramos ante la hipertrofia de medios y la atrofia de fines. Y también, como diría K. Popper, cuando estamos inmersos en procesos históricos y sociales de cambio, los acontecimientos y las situaciones vividas, incluso los efectos reales, reflejan muy poco las intenciones de los protagonistas.

Don Ángel insistió en el salón de actos de la Editorial Católica, el 8 de febrero de 1933, con motivo de su cese voluntario como director de *El Debate*, en que «todo lo imaginado lo he visto logrado: gran diario moderno, fidelísimo servidor de los principios cristianos; casa e instalaciones adecuadas; agencia católica informativa, dotada de los últimos progresos de la técnica; diarios en provincias, prudentemente autónomos en su dirección, muy centralizados en lo administrativo y en lo técnico; la profesión del periodismo elevada y dignificada, espiritual y económicamente; un escalafón que empiece en los periódicos locales y termine en los puestos directivos de la prensa madrileña y, como instrumento forjador de los hombres necesarios, la Escuela de Periodismo, práctica y eficiente». Creo que nosotros no podemos decir tanto.

Pero tengamos en cuenta que el diagnóstico que hizo don Ángel en su mitin del Teatro Principal de Palencia, el 26 de junio de 1933, puede seguir siendo cierto, según nos narra la crónica periodística de *El Debate*: «Dijo que la actual crisis no era sólo de hombres, ni de instituciones políticas y sociales, sino también de ideas». Incluso seamos conscientes que inmersos, como estamos, en un proceso de revolución social y axiológica debemos atenernos a lo que

señaló don Ángel en la conferencia que pronunció en Alcalá de Henares, el 21 de enero de 1912: «La propaganda se ha de circunscribir a unas cuantas ideas, muy pocas; que muy pocas ideas, pero muy bien propagadas, han sido siempre las causantes de todas las revoluciones».

Don Ángel, de quien dijo el periodista y embajador Manuel Aznar, en la lección inaugural de la Escuela de Periodismo de la Iglesia, en 1967, que «con su aire de seminarista centroeuropeo, en la calle Colegiata, ilustró nuestra profesión y la exaltó como muy pocos lo han hecho», supo hacer de la necesidad, virtud y, sobre todo, establecer una jerarquía de principios, de valores y de actuaciones que le permitió servir a la Iglesia y a la sociedad como lo hizo. En esa jerarquía ocupaba un lugar relevante la formación de las futuras generaciones de profesionales de la comunicación y del periodismo.

Don Ángel se adelantó a su tiempo al comprender, proféticamente, lo que significaba el periodismo como forma de transmisión social de conocimiento y su carácter definitorio de y en la sociedad, partiendo, hacia esta realidad, de «una decidida y entusiasta admiración». Consideraba el periódico como una ventana abierta al mundo. Confesó en una entrevista póstuma: «De siempre he sido un convencido y gran propagandista de la imperiosa necesidad para el bien común, de la libertad de expresión de los medios informativos. Libertad, no obstante, que, dada la peculiar idiosincrasia de nuestra Patria, debe ser, si no controlada, sí observada atentamente, para no volver a caer en el libertinaje periodístico que tantísimo e irreparable daño hizo al pueblo español. Quiero significar en este aspecto las proféticas palabras de S. S. Benedicto XV, que conocía perfectamente la prensa española por haber permanecido varios años en la Nunciatura de Madrid y que en una inolvidable audiencia me dijo: "La prensa más disolvente del mundo es la española e, indudablemente, aquella prensa no puede conducir a nada más que a una

revolución". Lo que no puede ni debe ser en manera alguna es que los medios informativos sirvan para desunir y aun enfrentar información a los españoles, creando un angustioso y turbio clima pasional».

En el discurso a la Asamblea de la Prensa católica en Toledo, 13 de junio de 1924, don Ángel apuntó, como nos narra la crónica periodística del acto, las bases de la relación entre periodismo y profesión periodística: «El periodismo es una profesión que exige el mayor esfuerzo, actividad entera del redactor; éste debe estar íntimamente unido al criterio del periódico, haciendo causa común con el programa que aquél sustenta, para hacer así más eficaz su colaboración».

A los periodistas hay que exigirles la mayor capacidad de trabajo, virtudes morales y justicia en los asuntos que traten, pero para pedirles todo esto es preciso que reciban cosas que son esenciales: ventajas materiales que puedan proporcionar la paz interior».

El esfuerzo que las obras educativas de don Ángel realizan en la formación de comunicadores es el esfuerzo por formar en la aristocracia espiritual. Una clase elevada de esta naturaleza, ¿nace o se hace? Recordemos lo que decía don Ángel: «En realidad, yo no dudo en decir que los periodistas constituyen una suerte de aristocracia especial, una aristocracia espiritual que tiene que cumplir aquellos deberes que marca la doctrina cristiana, el deber de ilustrar rectamente al que no sabe, ejerciendo una especie de patronato sobre las clases inferiores; una aristocracia que recoge las palpitaciones diarias y es el portavoz de la civilización y del progreso; una aristocracia, en fin, que comparte con el gobierno las funciones directivas del Estado».

Pero también la educación profesional en el periodismo lo es «del compañero del político y tiene que orientarle y dirigirle y juzgar su obra». Y lo es, también, del «catedrático» del pensamiento contemporáneo: «El periodismo es una cátedra; pero es una cátedra singular. Es una cáte-

dra de filosofía, o mejor, de teología de la historia contemporánea. Se ha dicho del periódico que consigna la historia universal crítica de las últimas veinticuatro horas». Y lo es, también, de los grandes editorialistas: «Los periodistas deben ser, en el orden de los principios, sujetos de conciencia iluminada y profunda. A la luz de esta conciencia deben interpretar los hechos para formar la opinión (...). Los tiempos nuevos «exigirán inteligencias de amplia visión y voluntades de firmes propósitos, hombres valerosos y trabajadores». Los «formadores y artífices de una nueva y mejor Europa, de un nuevo y mejor universo», han de ser almas de este metal. «El periodista es el hombre que a la luz de los principios fundamentales de la vida y a la luz de sus fuertes convicciones contempla a Dios, el mundo y todos los sucesos grandes y pequeños que en él se verifican (...). Todo gran periodista tiene, por serlo, una preparación especial para comprender la vida internacional. Debe leer, estudiar diríamos mejor, los grandes diarios de otras naciones. Y discutir sus opiniones y acaso dialogar con ellos. Lo cual ensancha la mente, modera el juicio y da una formación indiscutible».

Es la hora de las preguntas a la Historia. Desde hace unos años celebramos en la Universidad San Pablo-CEU unas jornadas con el título genérico de «Prensa e Iglesia en la España contemporánea» (de cuya segunda edición recogemos aquí los textos). En ellas hemos venido preguntando a la historia por los territorios comunes y por las demarcaciones específicas de la presencia pública y publicada de la Iglesia en la España de nuestros días. En este contexto se enmarcan estas páginas que suponen una pregunta más y que ofrecen al lector amable, al estudiante y al investigador universitario, al profesional inquieto, algunas respuestas, desde la historia y desde la vida.